

---

Amanda Figueras

# Por qué el islam

Mi vida como mujer, europea, y musulmana



Por qué el islam  
Amanda Figueras

Mi vida como mujer, europea y musulmana

*ediciones península*

© Amanda Figueras Fernández, 2018

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).  
Todos los derechos reservados.

Primera edición: febrero de 2018

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2018  
Ediciones Península,  
Diagonal 662-664  
08034 Barcelona  
[edicionespeninsula@planeta.es](mailto:edicionespeninsula@planeta.es)  
[www.edicionespeninsula.com](http://www.edicionespeninsula.com)

PAPYRO - fotocomposición  
ROMANYÀ-VALLS - impresión  
DEPÓSITO LEGAL: B. 28.326 - 2017  
ISBN: 978-84-9942-671-6

## ÍNDICE

Nota previa	11
Prólogo	13
1. Camino hacia el islam	17
2. La angustia de decir que eres musulmán	41
3. Lo que nadie te cuenta del islam	73
4. Mujer, musulmana y feminista	87
5. El reto de ser musulmán en Europa	127
6. La lacra del terror	177
Epílogo	207
Agradecimientos	211

## CAMINO HACIA EL ISLAM

Dios hace que germinen el grano y la semilla, y hace surgir lo vivo de lo muerto y lo muerto de lo vivo. ¡Ese es Dios! ¡Cómo pueden desviarse tanto [de la verdad]!

CORÁN 6:95

Estaba aún en esa época en la que no sabía qué eran los problemas, en la que nada pesaba y mis pies volaban a la misma velocidad que mi ilusión. Calculo que tendría unos diez años.

Un fin de semana sí, otro no y cada miércoles iba a casa de mi padre. Mi madre y mi padre se divorciaron cuando yo tenía unos tres años. Siempre me he caracterizado por una especial habilidad para olvidar las fechas, hasta las más importantes.

No tengo ningún recuerdo de esa época, y muy pocos de ellos dos juntos siendo yo pequeña. Sin embargo, sí se quedó grabado en mi memoria un día en que me caí en clase de danza jazz y me hice daño en un brazo. Mi madre llamó a mi padre y fuimos los tres al hospital. Aquel día pensé que debía caerme más a menudo, porque la extrañeza de tener a mi madre y a mi padre juntos me gustó mucho. Tanto como para no haberlo olvidado.

Por entonces, cuando la gente me preguntaba sobre el divorcio de mis padres y me miraba con cara de pena, yo siempre contestaba: «Ya, bueno, pero en Reyes tengo el doble de regalos», como si con eso fuera a convencer a cualquiera de que era incluso mejor ser hija de padres divor-

ciados. Más tarde, mi respuesta estrella fue: «Prefiero eso a que se estén peleando cada día». Lo mejor de todo, lo único que de verdad importa, es que ellos fueron felices por separado y yo también. Fin de la historia.

Mi padre cambiaba de casa a menudo, no sé bien por qué. A veces contaba las mudanzas que llevaba a sus espaldas y acababa echándose las manos a la cabeza. A mí me daba igual, cualquier cuarto me servía para crear un mundo particular. Jugaba a envolver cosas —lápices, una goma de borrar, cuadernos...— recordando cuando iba a la papelería que mi padre tuvo durante algunos años en El Pozo del Tío Raimundo (Madrid), donde viví mi infancia tras haber llegado con solo unos meses desde Vilafranca del Penedès (Barcelona).

Era la Papelería Patos. Aún conservo un calendario pequeñito de los que hizo mi padre para regalar en Navidad, con la foto de unos patitos preciosos. Qué tiempos aquellos en los que distribuir calendarios era un buen medio para publicitarse.

Años después montó otro negocio, esta vez una pizzería: Novecento se llamaba. Allí me ponía morada de aceitunas negras y jugaba en la máquina de marcianitos sin pagar. Todo un chollo digno de ser reseñado.

Aquellas aventuras empresariales las llevaba a cabo de manera paralela a su otro trabajo en la Dirección General de Tráfico. Su último proyecto sí estaba directamente relacionado con su formación. Y pasaban cosas tan bonitas como que Ricardo, el marido de mi madre y como un segundo padre para mí, le encargaba trabajos siempre que tenía la ocasión.

En una de aquellas casas a las que mi padre se fue de alquiler, los fines de semana yo solía jugar con una niña del edificio. Se llamaba Amina, tenía el pelo largo y negro, y con él se hacía una trenza de tan espléndido grosor que ni con tres melenas como la mía habría alcanzado para igualarlo.

Un día, en medio de nuestras idas y venidas por las escaleras, fuimos a su casa a beber agua. Entonces uno podía entrar a cualquier bar del barrio y pedir un vaso de agua, la gente se conocía y la vida era más amable que ahora. Pero nosotras estábamos dentro del edificio y no teníamos llaves. No queríamos salir a la calle ni haber de llamar al telefonillo por enésima vez para que nos abrieran el portal.

La casa de Amina era un piso pequeño, como el de mi padre. Estaba en Entrevías, uno de esos llamados barrios obreros de Madrid que, especialmente hace años, no tenían una fama demasiado buena.

La entrada de la cocina estaba en un pasillo por el que también se accedía a las habitaciones. De camino a por nuestro vaso de agua, miré a la derecha, hacia la puerta de la habitación de sus padres. Estaba abierta, y en el hueco que había entre el final de la cama y la pared los vi agachados bajo algo blanco. Quité la mirada rápidamente porque no entendí qué pasaba y sentí cierto pudor.

Cuando regresé a casa, mi padre estaba terminando de preparar la cena para mi hermano Cristóbal y para mí. La mesa estaba casi puesta y sonaban de fondo las noticias en la televisión. Era verano. La puerta de la terraza que comunicaba el salón y la cocina estaba abierta. Daba a un patio interior, pero no de esos agobiantes en los que parece que te levantas y acuestas con el vecino. En este había una distancia decente entre los bloques de pisos.

Me gustaba ver las luces encendidas en las otras casas y escuchar el rumor del verano retumbando en el patio. Aunque no conocía a toda aquella gente, la vida del patio interior me hacía sentir más viva por extensión. Mientras mi padre traía las últimas cosas a la mesa, le conté con sorpresa lo que había visto aquella tarde en casa de mi amiga: «Papá, estaban como acurrucados, de rodillas y cubiertos por una sábana blanca, ¡muy raro!».

No recuerdo qué me contestó, y ya nunca podré preguntárselo porque murió de cáncer en 2013 tras siete meses de lucha. Ricardo falleció debido a la misma enfermedad en febrero de 2017, dejándome doblemente huérfana de padre.

Fue muchos años después de aquella imagen en casa de Amina, que no se ha diluido como otros tantos recuerdos infantiles, cuando entendí qué había visto: estaban rezando, eran musulmanes. Lo que me pareció una sábana blanca probablemente sería un vestido holgado y cómodo para rezar.

Mi niñez y adolescencia pasaron sin que tuviera ningún otro encuentro con el islam, más allá de estudiar algo sobre el periodo en que los árabes estuvieron en España. Ahora sé que lo que nos enseñaban era demasiado básico y estereotipado, en el sentido que describió Edward Said en su libro *Orientalismo*, publicado en 1979 y en el que criticaba los «persistentes y sutiles prejuicios eurocéntricos contra los pueblos árabes-islámicos y su cultura».<sup>1</sup>

1. Edward Said, *Orientalismo*, Debolsillo, Barcelona, 2016.

Mi colegio, el Trabenco de El Pozo del Tío Raimundo, tenía un sistema de enseñanza experimental, con métodos que ahora resultan estar de moda. Era uno de los llamados colegios de integración, por lo que teníamos compañeros con síndrome de Down, con discapacidad física o de algunas minorías étnicas que, al parecer, por aquella época debíamos «integrar».

Hacíamos cosas como sentarnos en clase colocando las mesas para formar equipos de trabajo de cuatro personas. Los temas se estudiaban siguiendo «proyectos» semanales, una especie de cuadernillos que preparaban los maestros y maestras. Había algunos días en los que nos explicaban la teoría y otros en los que teníamos que hacer ejercicios, resolver problemas, buscar información y hasta dibujar.

También organizábamos asambleas semanales para discutir los problemas de la clase o del mundo: desde la caída del Muro de Berlín a la drogadicción. Nos daban clases de sexualidad y apenas teníamos deberes. Todo eso dejó huella en mí, aparte de que pude disfrutar de mucho tiempo para jugar y desarrollar la creatividad. Creo que, en resumidas cuentas, tuve tiempo para ser una niña.

Usábamos los libros de texto con un sistema de préstamo, como en una biblioteca pública. Realizábamos experimentos, íbamos de campamento desde el primer curso, bailábamos bastante y, siempre antes de cada periodo vacacional, hacíamos una limpieza general de nuestra clase. Fui inmensamente feliz en el colegio, pese a que tenía una constante lucha de poder con una compañera, Virginia, Yiyi para los amigos. Ya nos conocíamos de antes, de la guardería. En esa época teníamos un carácter de aúpa. Un día nos pegábamos y al siguiente éramos las mejores amigas.

Aún tengo contacto con ella, más de treinta años después. Como con Sara, otra buena persona cuya madre era nuestra entrenadora en el equipo de balonmano. Nos llamábamos Astros Trabenco, pero mi padre decía que debíamos cambiarlo por Alcoyano, pues teníamos más moral que ese equipo. Mi actuación estelar fue un día en el que, al sacar tras el descanso, me pasaron el balón y salí corriendo como poseída hacia la portería, sin rivales que me acosaran. Me sentía pletórica porque iba a meter gol, hasta que me di cuenta de que los gritos que escuchaba no eran del público maravillado por mi superataque... sino avisos de que iba hacia mi propia portería. Pasé mucha vergüenza, pero a esa edad todo se olvida pronto.



Fue en el colegio donde adquirí mis primeros conocimientos sobre los árabes en España. No recuerdo si era una tarea de uno de los proyectos o bien lo hice dejando volar mi imaginación, pero sé que dibujé una casa «musulmana», con el sitio para las muchas mujeres y todos los elementos del imaginario orientalista que empezaba a conocer.

Más tarde, en bachillerato, estudiamos el asunto enfatizando la importancia de la Reconquista más que las aportaciones del islam a España. Tras leer aquel tema en el libro de texto de turno, era fácil pensar que islam era lo mismo que árabe y, en resumen, que los musulmanes vivían en un mundo de harenes, deleites y perfumes, eran despiadados, cortaban manos y, eso sí, sabían almacenar el agua. Poco más quedaba grabado en la mayoría de nuestras mentes adolescentes.

#### EL 11-M, LA TRAGEDIA Y LA INVESTIGACIÓN

Fue en 2004 cuando empecé a darme de bruces con mis carencias. El 11 de marzo trabajaba en la página web de *El Mundo*, periódico al que años antes había llegado como becaria y en el que tuve la oportunidad de trabajar en diferentes secciones —incluso estuve al frente de la web de Economía en internet—, así como de fundar y dirigir una sección sobre la Unión Europea y todo lo que se «cocinaba» en Bruselas.

Aquel jueves me había puesto el despertador pronto porque quería aprovechar la mañana.

Cuando me levanté, mi madre me lo contó. Habían estallado unos trenes. Cristóbal y mi cuñada Maribel, que vivían a muy pocos metros de la estación de El Pozo, en la que había sido nuestra casa hasta que nos mudamos cuando yo tenía catorce años, habían llamado para decir que estaban bien. Di un salto hasta el viejo Citroën AX que me había regalado mi padre y llamé a mi jefa, Ana Bueno, para decirle que iba de camino a mi antiguo barrio.

La situación era dramática, y los detalles, además de dolorosos para todos, no son relevantes ahora. Era la primera vez que me encontraba en una situación similar. Lo más próxima que había estado a la tragedia, a la muerte y al dolor en su máxima expresión, fue años antes. Iba en el coche con mi madre y Ricardo cuando pasamos por una calle donde acababa de tener lugar un accidente. Un coche en el que iba una pareja se había estre-

llado contra un árbol. Un choque de lo más extraño, dijo mi padrastro. En la luna se veían dos impactos, entonces casi nadie usaba el cinturón de seguridad, y menos circulando por la ciudad. La mujer tenía la cara destrozada, el hombre estaba en el suelo e intentaban reanimarlo. Sentí miedo.

Llegué a El Pozo a tiempo para escuchar la detonación controlada de una de las mochilas. Vi a un policía con una bolsa transparente en la que había un móvil abierto, le pregunté sobre ello pero no me dio demasiados detalles y, nada raro, me pidió que le dejara en paz.

Allí presencié ataques de ansiedad, llantos y otras escenas ante las que de manera instintiva me salió una fortaleza que no sabía que tenía. Me puse, sin pensarlo, una especie de escudo y seguí adelante, haciendo preguntas y llamando a mis compañeros en la redacción para contar lo que veía. Tuve que hacerlo desde la casa de mi hermano, con el teléfono fijo, porque la cobertura móvil no funcionaba.

En la soledad de mi AX, de camino a la redacción de *El Mundo*, que estaba entonces en la calle Pradillo, me derrumbé. De no haber llorado en ese momento no habría podido evitar hacerlo en medio del periódico, y siempre he pensado que los periodistas tenemos que ser fuertes ante la adversidad, como los médicos, que no se echan a llorar cuando, a preguntas del paciente, le tienen que contestar cosas como: «Sí, su enfermedad es terminal y no hay tratamiento que le vaya a curar».

Pocos días después del vil asesinato de 193 personas, en el periódico se organizó un pequeño equipo de investigación. A mí me encargaron, entre otras cosas, seguir todo lo relacionado con la comunidad musulmana. Sobre todo debía estar atenta a si había represalias, acoso o agresiones una vez que se empezaba a conocer el perfil de los entonces presuntos terroristas.

No sabía apenas nada de los musulmanes, ni de los de Madrid ni de los de ningún otro sitio, no conocía a ninguno y ni tan siquiera me había dado cuenta de que existía una mezquita al lado del famoso tanatorio de la M-30.

Me puse a trabajar, asistí a manifestaciones, conocí a musulmanes y musulmanas, y empecé a leer todo lo que podía sobre el islam. También fui a todas las mezquitas que encontré y charlé con diferentes estudiosos del tema.

Cuanto más leía, más evidente se me hacía mi desconocimiento. Al contrario de lo que me suele suceder cuando tengo que estudiar algo que me pilla de nuevas, en lugar de agobiarme, esta tarea me resultó muy

estimulante. Quizá porque me daba cuenta de que, al saber más sobre el islam, estaba acercándome a muchos millones de personas a quienes desconocía por completo.

El mundo sería muy aburrido si lo supiéramos todo. Y así fue como mi vida empezó a cambiar; en aquel momento acababa de arrojar la semilla a la tierra, pero aún pasaría mucho tiempo hasta verla florecer.

De aquellos años de lecturas y aprendizaje vital recuerdo cómo me impactó la lectura del Corán, la traducción del mismo, quiero decir. Aunque había muchísimas cosas que no entendía, me hizo sentir algo especial que no atino a describir más que con un «se me despertó la fe».

Me veo leyendo sobre la cama y pensando: ¿esto es el islam?, ¿era musulmana y no lo sabía? Y es que, a grandes rasgos, los conceptos de base que alcanzaba a comprender tenían mucho que ver con mis ideas. La semilla seguía su proceso de crecimiento.

Es difícil de explicar y sé que, si uno no lo ha sentido, es casi imposible de entender. Yo misma no podía comprender cómo hay gente que cree en Dios. Simplemente, antes de aquel proceso no sentía nada, nada se me removía por dentro al pensar en esa idea.

Seguía devorando libros y artículos relacionados con el islam. A estas alturas, el lector ya habrá advertido que, como avisé antes, no soy demasiado precisa en cuanto a las fechas. El tiempo es algo que no logro retener en mi memoria; por lo general, no sé cuándo pasaron las cosas, me cuesta recordar mi edad o los cumpleaños. Se me quedan grabadas las vivencias, pero no los números. Sin embargo, cada vez recuerdo más mi infancia y siento que los recuerdos son más vívidos. Un olor, la combinación de una brisa con una temperatura concreta, o una luna determinada me pueden llevar a la casa de mi abuela, a cuando salía de la piscina al atardecer o al desierto de Wadi Rum. Como si estuviera allí de nuevo.

Por aquel entonces no había mucha información en español sobre el islam, al menos no tanta como ahora. Los medios y la sociedad empezaban a despertar frente a una realidad que habían ignorado y lo hacían como consecuencia de un infame atentado terrorista. Sin duda, no era la mejor manera.

Había quienes se preguntaban cómo era posible que una «religión» llamara a matar a inocentes. La extrañeza hizo que los curiosos indagaran y eso, inevitablemente, condujo a algunos de ellos, como a mí misma, a abrazar el islam tiempo después.

## DESCUBRIR AL PROFETA MUHÁMMAD

Junto con ese momento mágico que viví con el Corán, me impactó mucho leer sobre la vida del profeta Muhámmad, la paz y las bendiciones sean con él. Me pareció fascinante que un hombre que ni tan siquiera sabía leer fue capaz de unificar a los árabes en unos pocos años. Me gustó descubrir que era extremadamente amable, respetuoso y justo, que era sensible, sincero y además reconocía sus errores y limitaciones.

Todo aquello chocaba con mis prejuicios, y lo que iba aprendiendo sobre el Corán tampoco encajaba con las extendidas críticas de quienes solo ven en él estrictamente un libro violento.

Muhámmad, aquel hombre nacido un lunes, en el tercer mes del calendario lunar Rabi'-ul-Awwal en el año 570 d. C., siempre saludaba primero diciendo «la paz sea contigo», miraba mucho hacia el cielo en contemplación, no hablaba si no era necesario y sus palabras siempre eran sinceras, nunca ofensivas.<sup>2</sup> Pedía que le informaran sobre la gente necesitada, ya que era consciente de que algunos no se atrevían a ir a hablar con él por timidez. Un día, un beduino empezó a temblar acongojado frente a él y el Profeta le dijo: «Tranquilízate, no soy un rey, soy simplemente un hombre cuya madre comía carne seca».<sup>3</sup>

En el Corán, Allah dice: «En el Mensajero de Dios hay un bello ejemplo para quienes tienen esperanza en Dios, [anhelan ser recompensados] en el Día del Juicio y recuerdan frecuentemente a Dios» (33:21).

El Profeta nunca criticaba lo que tenía o recibía, era alegre y reía, pero no con carcajadas estruendosas. Dijo: «Yo bromeo, pero no digo sino la verdad».<sup>4</sup> No hablaba mal de un ausente y no se metía en los asuntos de los demás. Trataba sin distinción al rico y al pobre; al saludar, no retiraba su mano hasta que la otra persona lo hacía primero.

«No se inmiscuía en los asuntos que no le correspondían. Dijo: “Es señal del buen islam de una persona el no entrometerse donde no se debe”. [...] No era altanero ni soberbio. Dijo: “Los bienes que yo tengo

2. Isa García, «Cualidades del profeta Muhámmad», *IslamHouse*, 2011. Disponible en: <<https://islamhouse.com/es/articles/338989>>.

3. Del libro de hadices *Sunan Ibn Mayab*. Un hadiz es una narración que recoge, directa o indirectamente, las palabras del profeta Muhámmad.

4. Isa García, «Cualidades», *op. cit.*

nunca los guardaría si los necesitarais. A quien se abstiene de pedir cosas, Allah lo perdonará, y a quien se complazca con lo que tiene, Allah lo hará rico”.»<sup>5</sup>

El profeta Muhámmad hablaba claro, despacio y no de manera atropellada, para que todo el mundo pudiera entenderle fácilmente. Si era necesario, repetía las cosas y, si había mucha gente, se dirigía hacia los tres lados y repetía tres veces lo mismo.<sup>6</sup> Al terminar un encuentro, todos se sentían como si hubieran sido los más atendidos por él.

Jamás puso una pega a una comida, aunque tampoco la elogiaba en exceso. La razón para no criticarla era que la consideraba una bendición de Allah, mientras que el elogio excesivo puede dar la impresión de que uno es un glotón. Sin embargo, alababa la comida si con eso hacía feliz a alguien. Siempre aceptaba las invitaciones y, cuando recibía visitantes, los hacía sentir como en casa.<sup>7</sup>

«La grosería y la indecencia fueron dos cualidades completamente ajenas a su persona. Era decente y no pronunciaba ofensa. No maldecía. No intercambiaba insultos. Devolvía las ofensas y agravios perdonando y pasando por alto.»<sup>8</sup> Este pasaje de la vida del Profeta (conocida en árabe como *Siraa*) procede de una de las obras de referencia sobre ella, *El néctar sellado*, de Sheij Safi-ur-Rahman Al-Mubarakfuri. En esta biografía se relata también lo siguiente:

Aquel que lo servía [a Muhámmad] también era servido por él. La expresión «¡Uff!» jamás salió de su boca hacia ninguno de sus sirvientes. Tampoco sus sirvientes fueron reprendidos por hacer o dejar de hacer algo. El amor a los pobres y desamparados; atenderlos o participar de sus funerales eran costumbres propias del Profeta. Nunca desdeñaba o rechazaba a alguien debido a su pobreza. Cierta vez viajaba con sus compañeros y había llegado la hora de preparar la comida, que consistía en carne de oveja. Un hombre dijo: «Yo la sacrificaré». El segundo dijo: «Yo me encargo de sacarle el cuero». Un tercero dijo: «Yo la cocino».

5. *Ibid.*

6. *Ash-Shama'il al-Muhammadiyah*, del imam Al Tirmidhi. Comentado por Muhammad Zakariyya Kandhelwi.

7. *Ibid.*

8. *El néctar sellado*, obra de Sheij Safi-ur-Rahmân Al-Mubarakfuri publicada en 1979. Disponible, revisada por Muhammad Isa García, en: <<https://islamhouse.com/es/books/273050>>.

Y el Mensajero de Allah dijo: «Yo busco la leña». Entonces le respondieron: «No es necesario, nosotros podemos con todo». Y el Profeta les dijo: «Sé que lo podéis hacer por mí, pero no quiero tener privilegios sobre vosotros. A Allah le disgusta ver a alguien con más privilegio que otros». Luego fue a recolectar la leña.

Sabemos muchos de estos detalles de la vida del profeta Muhámmad gracias a los relatos de sus mujeres, a quienes siempre se cita en la cadena de transmisión cuando corresponde. «Cuidaba su apariencia y su higiene. Si se veía en el espejo arreglaba su cabello, y se embellecía para su esposa. Se cepillaba los dientes al menos cinco veces al día y se perfumaba siempre que tenía oportunidad.»<sup>9</sup>

Para mí, en aquel tiempo, fue fascinante tener tanta información en torno a él, sobre todo comparándola con los pocos detalles disponibles sobre la vida cotidiana de Jesús, la otra figura que se me venía a la cabeza. Del profeta Muhámmad conocemos sus modales, su carácter, el trato que daba a sus esposas y hasta pequeños detalles como qué y de qué manera solía comer o sobre qué lado se recostaba al dormir. Y la mayoría de toda esa información la tenemos gracias a las mujeres.

Era profundamente compasivo con la gente. Enseñó con sabias palabras: «Quien no es misericordioso con quienes están en la tierra, no recibirá misericordia de quien está en los cielos». Jamás golpeó a un niño ni a una mujer, y dijo: «No es de los nuestros quien no honra a nuestros ancianos y no respeta a nuestros niños». El Profeta era altruista y prefería a los demás antes que a su propia persona; daba generosamente y pasaba un mes o dos meses en su casa sin que se encendiera el fuego para cocinar.<sup>10</sup>

Además de haberse estudiado la vida del Profeta, se ha comprobado con cuidado el contenido, así como la cadena de transmisión de cada dicho (hadiz) —básicamente, quién lo escuchó del Profeta y quién se lo contó a quién, y si las personas involucradas en la cadena efectivamente pudieron haberlo escuchado y fueron gentes de fiar—, pudiendo así ser clasificados según su grado de fiabilidad.

9. Isa García, «Cualidades», *op. cit.*

10. *Ibid.*

Por supuesto, si el contenido de un hadiz choca con algo establecido en el Corán, este es el que debe predominar, al ser la palabra de Allah, y el hadiz es desautorizado. El estudio de los hadices es un trabajo en continua evolución que suscita apasionados debates, sobre todo respecto a la interpretación que se hace de los mismos.

Quienes no dominamos el árabe nos encontramos con el problema de que no todos los libros en los que se recoge la Sunna del Profeta —sus dichos, enseñanzas, conducta y otros elementos, que forman la segunda fuente, junto al Corán, de la Ley Islámica— están en español, además de que existen algunas variaciones en las traducciones. Para saber más, hay que buscar traducciones a otras lenguas. Y al final uno puede terminar abrumado por la cantidad de autores y las diferencias de interpretación entre ellos.

Por lo que iba conociendo del profeta Muhámmad, me enamoró su carácter. Él mismo remendaba su ropa, sus zapatos y ordeñaba a las cabras, y era cariñoso y atento con su familia. Visitaba a sus amigos y se preocupaba por ellos, y nunca ignoraba a nadie. Aun siendo el profeta de Allah, al llegar a una reunión se sentaba en el primer hueco que hubiese libre y no dejaba que nadie le cediera su lugar; además, prohibió a sus compañeros que se levantaran para recibirlo con honores. Escuchaba a todos, los miraba de frente y no les interrumpía hasta que habían dicho lo que querían.<sup>11</sup>

El Profeta, que vestía de una manera muy modesta, era moderado en todos los asuntos, seguía el camino medio. Su buen carácter se mostraba a todos. Toda la creación era igual para él en cuanto a derechos se refiere. Lo importante no era el linaje o la genealogía de la gente, sino su piedad:<sup>12</sup>

Enseñaba con las palabras y el ejemplo la igualdad y la equidad. Dijo: «Gente, vuestro Dios es uno; un árabe no es superior a un no árabe, ni un blanco es superior a un negro, ni un negro es superior a un blanco, excepto ante Allah por la devoción y la piedad».<sup>13</sup>

11. *Ibid.*

12. *Asb-Shama'il al-Mubammadiyyah, ibid.*

13. Isa García, «Cualidades», *op. cit.*

## EL COMIENZO DE LA REVELACIÓN

Me parecía maravilloso cómo empezó todo. La historia del último mensajero de Allah. Algunos, por cierto, pensarán que lo publicado no son biografías, sino hagiografías. Libre es cada cual de juzgar. Si uno no cree en Allah, difícilmente podrá dar por ciertos algunos de los pasajes de la vida del Profeta que se recogen en la tradición islámica. Y quizá también se sorprenda por la cantidad de detalles mundanos que conocemos de este.

Hay múltiples aleyas en el Sagrado Corán que nos recuerdan la importancia del Profeta, quien, aun así, insistía en que él era solo un hombre, un servidor de Allah al cual constantemente buscaba complacer, y no una especie de divinidad. Estos son algunos ejemplos:

Quien obedezca al Mensajero obedece a Dios. Pero no te he enviado como custodio de quien te rechace (Corán 4:80).

Si realmente creéis en Dios y en el Día del Juicio, cuando tengáis discrepancias remitidlas al juicio de Dios y del Mensajero, porque en ello hay bien y es el camino correcto (Corán 4:59).

Este es mi sendero recto, seguidlo. Pero no sigáis otros caminos, porque si lo hacéis, estos os dividirán y os desviarán de Su camino. Esto es lo que os ha ordenado para que tengáis temor de Él (Corán 6:153).

Te he revelado [oh, Muhámmad] una inspiración Mía [el Corán]. Tú no conocías el Libro [revelado anteriormente] ni la fe [en sus detalles]. Entonces hice que fuera una luz<sup>14</sup> con la que guío a quienes quiero, y tú [¡oh, Muhámmad!] guías al sendero recto, el sendero de Dios, a Quien pertenece cuanto hay en los cielos y en la Tierra. ¿Acaso no retornan a Dios todos los asuntos? (Corán 42:52-53).

Muhámmad pasó los primeros años de su vida con Halimah, una niña beduina, como acostumbraban a hacer los árabes en aquella época para que sus hijos crecieran libres y saludables en el desierto. La vida con la nodriza le serviría para «aprender el lenguaje puro de los beduinos y adquirir sus modales, que eran reconocidos por la honradez y la

14. El traductor, Isa García, explica que se refiere al Sagrado Corán.



carencia de numerosos vicios que normalmente se desarrollan en sociedades sedentarias». <sup>15</sup>

Pese a que en un primer momento Halimah no estaba interesada en acoger a Muhámmad, Allah recompensó con creces a su familia: sus animales empezaron a dar leche tras haberse quedado secos y su vida se hizo mucho más fácil cuando tuvieron al pequeño con ellos. <sup>16</sup>

En esa época le sucedió algo fuera de lo normal. Según contó Halimah, <sup>17</sup> un día en el que él y su hermano de leche estaban detrás de las tiendas con algunos corderos, este último llegó corriendo y gritando: «¡Mi hermano qurayshí! Dos hombres vestidos de blanco se lo han llevado, lo han tumbado, le han abierto el pecho y están hurgando en él con sus manos». Cuando ella y su marido fueron a su encuentro, encontraron al pequeño de pie, aunque muy pálido.

Muhámmad les dijo entonces: «Dos hombres vestidos de blanco se acercaron a mí, me tumbaron y abrieron mi pecho para buscar no sé qué». Aunque no tenía ninguna cicatriz que evidenciara su historia, nunca se retractó ni cambió una palabra de su relato pese a las insistentes preguntas.

Más tarde, explicó el suceso con detalle:

Vinieron hacia mí dos hombres vestidos de blanco, con una jofaina de oro llena de nieve. Entonces me tendieron y, abriéndome el pecho, me sacaron el corazón y lo seccionaron. Entonces extrajeron de él un coágulo negro y lo tiraron; luego, lavaron mi corazón y mi vientre con la nieve hasta limpiarlo a fondo. <sup>18</sup>

¿Qué significado tenía todo aquello? Según dijo siendo adulto, cuando ya era conocido como el Profeta de Allah: «Satán toca a todos los hijos

15. *El néctar sellado, op. cit.*

16. Al-Ghazali, Muhammad, *Fiqh-us-Seerab. Understanding the Life of Prophet Muhammad*, IIFO, 1999 (2.ª ed. revisada).

17. Martin Lings, *Muhammad. Su vida, basada en las fuentes más antiguas*, 1983. Disponible en: <<http://www.islamicbulletin.org/spanish/ebooks/muhammad.pdf>>. El escritor y filósofo británico Martin Lings (1909-2005) se convirtió al islam con el nombre de Abu Bakr Siraj Ad-Din.

18. Fragmento de Ibn Ishaq, *Life of Mubammad*. Traducción de la autora. Disponible en: <<https://sourcebooks.fordham.edu/halsall/search/index.asp?q=life%20of%20muhammad>>.

de Adán el día en que sus madres los paren, salvo a María y su hijo». <sup>19</sup> En su caso, esa parte de mal le fue limpiada.

El padre de Muhámmad murió unos seis meses antes de que este naciese. Cuando solo tenía seis años, el Profeta también perdió a su madre. Entonces pasó al cuidado de su abuelo y, tras la muerte de este, al de su tío. Me impresionó mucho saber de estas vicisitudes, que sin duda le provocaron un enorme sufrimiento. Y mucho más cuando supe que todos sus hijos varones murieron siendo aún niños y que solo una de sus hijas, Fátima, le sobrevivió apenas seis meses.

La muerte de un hijo es algo que marca para siempre, lo sé bien por experiencias cercanas. He hablado con madres que la sienten como una clara muestra de la inexistencia de Dios. Una me dijo que, si existiese, es imposible que permitiera que un niño inocente sufra. Sus dudas son muy comprensibles.

Precisamente por eso, el carácter y la fortaleza del profeta Muhámmad me atrajeron todavía más. Él había sufrido como pocos, pero, aun así, su esperanza, confianza y amor por Allah siempre fueron fortísimos.

Ya antes de comenzar su periodo profético, Muhámmad era conocido por ser una persona especialmente sincera a la que nunca se le oyó una mentira, por pequeña que fuera:

19. Hadiz recogido por el imam Al Bujari y el imam Muslim. Jesús y María son respetados y amados por los musulmanes. Como explica María Ángeles Corpas, experta en el islam, el Corán habla de la figura de Isa (Jesús) como alguien respetado y venerado. Fue concebido por María (Maryam) sin intervención de hombre (Corán 3:42). Jesús es presentado como un «auténtico musulmán»: enseña el monoteísmo absoluto, la sumisión a Dios y a todos los preceptos del islam. Los musulmanes lo consideran uno de los más grandes mensajeros de Dios. Asimismo, el Corán niega la crucifixión de Jesús y, por tanto, su muerte. Fue elevado por Dios y regresará el día de la Resurrección (Corán 4:156). La diferencia sustancial con el Cristo de los Evangelios es su consideración de Hijo Encarnado de Dios. Un Dios, Uno y Trino, que lo envió para ser salvación de los hombres. Esta propuesta cristiana no es compatible con el Dios Único (en tanto que no se reconoce la Trinidad) de los musulmanes y la consideración de Jesús como profeta del islam. Y es aquí donde no puede obviarse la diferencia primera y más importante respecto a su figura. En cuanto a la Virgen María, su historia adquiere tanta relevancia que la revelación coránica le ha dedicado todo un capítulo, la sura 19, que lleva su nombre. Véase Corpas, María Ángeles, «¿Qué dice el Corán sobre Jesús de Nazaret?», *Aleteia*, 14 de enero de 2017; disponible en: <<https://es.aleteia.org/2017/01/14/que-dice-el-coran-sobre-jesus-de-nazaret>>.

El Profeta se distinguía por su modestia, su comportamiento virtuoso, y sus excelentes modales. Era un hombre ideal y poseía un irreprochable carácter. Era el más colaborador para con sus compañeros, el más honesto al hablar, y el de temperamento más apacible. Era el más gentil, pudoroso, hospitalario, y siempre impresionaba a la gente por su aspecto, que inspiraba respeto. Era el más confiable y el mejor cumplidor de los convenios. Sus conciudadanos acordaron por unanimidad llamarlo *Al-'Amîn* (el confiable).<sup>20</sup>

Muhámmad, de veinticinco años de edad, trabajaba con las caravanas de comerciantes en La Meca. Jadiya, una viuda quince años mayor que él, le encargó un viaje de negocios a Siria que resultó ser un éxito. A su regreso, su jefa le propuso matrimonio y él aceptó. Muhámmad no volvió a casarse hasta después de fallecer su primera mujer en el año 619. Jadiya fue la madre de todos los hijos del Profeta excepto uno, Ibrahim. Sus nombres fueron Al-Qâsim, Zainab, Ruqaiyah, Umm Kulzûm, Fátima y Abdullah.

Tras su casamiento, Muhámmad retomó la vida de contemplación que ya llevaba antes:

Su corazón se encontraba dolido a causa de la decadencia moral y la idolatría que era practicada por su gente; se sentía desamparado por no encontrar una solución definitiva, algún medio que le sirviera para continuar y llegar a corregir las enfermas costumbres que lo rodeaban. Este estado de soledad acompañado de un estado de contemplación debe comprenderse desde una perspectiva divina. Era esta una etapa preliminar al periodo de gran responsabilidad que próximamente debería sobrellevar.<sup>21</sup>

Así, Muhámmad se mantenía al margen de las costumbres de los árabes de la época, que incluían fiestas con grandes cantidades de alcohol y apuestas, pero ello no le impedía hacer sus negocios, viajar y ganarse la vida.

A la edad de 40 años, empezó a recibir algunas señales de su Revelación:

20. *El néctar sellado, op. cit.*

21. *Ibid.*

Entre esas señales estaba que las piedras de la ciudad de La Meca lo saludaban con el «Salam»; también todo lo que veía en su sueño se hacía realidad y tan claro como el día. Esto duró seis meses. El periodo de la Profecía duró 23 años.<sup>22</sup>

Un día, en el lugar al que solía retirarse a reflexionar y rezar, la cueva de Hira, en la montaña An-Nur, todo cobró sentido. Se cree que la fecha exacta en la que tuvo lugar el acontecimiento que narro a continuación fue el lunes 21 de la noche de Ramadán, correspondiente al 10 de agosto del año 610 d.C. Muhámmad tenía exactamente 40 años lunares, 6 meses y 12 días, una edad equivalente a 39 años, 3 meses y 22 días del calendario gregoriano.<sup>23</sup>

Aisha, a quien consideramos una de las «madres de los creyentes» pues fue la tercera esposa del Profeta, era la más sabia de las mujeres musulmanas en la Ley Sagrada, la religión y el comportamiento islámico. Tras la muerte de Muhámmad, ella relató 2.210 hadices, e importantes figuras islámicas la consultaban.<sup>24</sup> Así describió Aisha aquel acontecimiento:

Al principio, la Revelación divina se manifestaba en el Mensajero de Dios (B y P)<sup>25</sup> en forma de sueños piadosos y veraces mientras dormía. Estos sueños le llegaban como la brillante luz del día y se le inspiró el amor al retiro y al aislamiento. Solía recluirse en la cueva de Hira y adorar al Dios Único durante varias noches antes de volver con su familia. Solía llevar con él su sustento para cada retiro y volvía con su esposa Jadiya para abastecerse nuevamente.

Así lo hizo hasta que le llegó la Verdad en la cueva de Hira; el Ángel llegó a él y le dijo: «¡Lee!», y él respondió: «No sé leer». El Profeta (B y P) relató: «Luego me sujetó con fuerza y me apretó tan fuerte que pensé no poder resistir más. Luego me soltó y me dijo que leyera. Yo repliqué: “No sé leer”. Entonces me sujetó nuevamente y me apretó tan fuerte que

22. *Ibid.*

23. *Ibid.*

24. Muhammad Ibn Ismail Al-Bujari, *Sahib Al-Bujari*, versión resumida por el imam Zainud-Din Ahmad ibn Abdul Latif Az-Zubaydi, Oficina de Cultura y Difusión Islámica, Argentina, 2003. Traducción a cargo de Isa Amer Quevedo. Disponible en: <[https://dr.islamhouse.com/data/es/ih\\_books/single/es\\_Sahih\\_Al-Bujari\\_Version\\_para\\_imprimir.pdf](https://dr.islamhouse.com/data/es/ih_books/single/es_Sahih_Al-Bujari_Version_para_imprimir.pdf)>.

25. «Que las Bendiciones y la Paz sean con él».

pensé no poder resistirlo más. Luego me soltó y me pidió nuevamente que leyera. Respondí: “No sé leer”. Entonces, me sujetó por tercera vez, y al soltarme me dijo [estas son las primeras aleyas, o versículos, del Corán que fueron reveladas]: “¡Lee! En el nombre de tu señor, Quien creó todas las cosas. Creó al hombre de una célula embrionaria. ¡Lee! Que tu Señor es el más Generoso”» (Corán 96:1-3).

El Mensajero de Dios (B y P) retornó con su corazón latiendo aceleradamente. Al llegar y ver a Jadiya bint Juwaylid le dijo: «¡Temo que me suceda algo!»». Jadiya le respondió: «¡Claro que no! ¡Por Dios! Tú mantienes buenas relaciones con tus parientes, ayudas a los pobres y miserables, atiendes generosamente a tus invitados y asistes a quien se lo merece de entre los azotados por la desgracia».<sup>26</sup>

Jadiya fue la primera en darse cuenta de que se trataba de un mensaje de Dios y, por ello, se la considera la primera persona musulmana. Ambos fueron a ver al primo de Jadiya, Waraqa bin Nawfal, quien había abrazado el cristianismo, y Muhámmad le contó lo que le había sucedido.

Waraqa dijo: «Este es el mismo Espíritu que Dios reveló a Musa [Moisés]. ¡Cómo quisiera ser joven aún y estar vivo cuando tu pueblo te expulsó!»». El Mensajero de Dios (B y P) le dijo: «¿Me expulsarán acaso?»». Él asintió con la cabeza y dijo: «Todos los que se presentaron con lo mismo que tú traes fueron tratados con hostilidad. Si estoy vivo hasta ese día, te apoyaré con todas mis fuerzas». Waraqa murió unos días después y la revelación también se detuvo por un tiempo.<sup>27</sup>

Jadiya murió ocho años después de que su marido empezara su misión profética. Habían estado juntos veintitrés. Descubrí que los matrimonios posteriores del Profeta tuvieron más que ver con su papel como líder político, la protección de las viudas y huérfanos, y la guía de los nuevos musulmanes que con un afán sexual o lujurioso, como los detractores del islam pretenden hacer ver.

Con sus matrimonios, unió clanes y pudo viajar con libertad por toda la península arábiga propiciando la expansión de la comunidad islámica.

26. *El néctar sellado, op. cit.*

27. *Al-Bujari, op. cit.*

Además, sus mujeres fueron unas excelentes transmisoras del islam y son reconocidas y respetadas por los musulmanes.

Lo cierto es que la poligamia me chocaba en su aplicación actual, así que intenté profundizar un poco más al respecto. En primer lugar, me di cuenta de que quizá no era adecuado analizarlo únicamente desde mi perspectiva actual, con unos valores sociales que, por otro lado, van cambiando con el paso del tiempo.

Quise saber qué pensaban las mujeres que mantenían una relación polígama, que tenían coesposas y compartían al marido. Me encontré con algunas historias en las que las primeras mujeres habían sido engañadas por sus maridos, quienes se habían casado en secreto con otras.

Conocí a una española casada con un extranjero que se había traído a una joven de su país —legalizando su situación mediante un contrato laboral— para tener un hijo con ella. Al parecer, la primera esposa no se había quedado embarazada en años y él quería descendencia. Ambas vivían en la misma casa, pero la primera se sentía muy traicionada y era víctima de maltrato. Una tragedia como tantas otras que se dan cada día en todas partes del mundo, con independencia de la nacionalidad o religión de los afectados.

La otra cara de la moneda me la aportaban mujeres que estaban felices con la situación. Unas decían que entendían los deseos de sus maridos y querían ayudarlos a complacerlos, unos deseos que podían ser sentimentales o bien religiosos, pues algunos sienten que deben ayudar a mujeres solas con hijos y pocos recursos. Otras eran las segundas o terceras esposas y estaban cómodas teniendo al hombre en casa solo algunos días a la semana. También decían que el islam permite a los hombres casarse con varias mujeres y que ellas, como musulmanas, aceptaban todas las normas de Allah.

Volví a repasar aquellas normas. Antes de la llegada del islam, la poligamia era una costumbre extendida. Este le puso coto con el fin de proteger los intereses de las mujeres —que, para variar, eran siempre las agraviadas— y limitó el número de esposas a un máximo de cuatro. La condición indispensable para poder casarse con más de una mujer es ser justo con todas ellas, que no se las diferencie en nada, sea tiempo, sustento o gasto. El marido tiene que asumir todas sus responsabilidades hacia ellas sin beneficiar a unas sobre las otras, lo cual, en mi opinión, es ciertamente complicado.

Sin querer profundizar demasiado sobre esto aquí, en el Corán se hacen dos alusiones:

No os caséis con las huérfanas que habéis criado si teméis no ser equitativos [con sus dotes], mejor casaos con otras mujeres que os gusten: dos, tres o cuatro. Pero si teméis no ser justos, casaos con una sola o con una esclava, porque es lo mejor para evitar cometer alguna injusticia (4:3).

No podréis ser [completamente] equitativos con vuestras esposas por mucho que lo intentéis. Pero no por eso vulneréis los derechos [de una de ellas] dejándola como abandonada. Si rectificáis y tenéis temor de Dios, Dios es Perdonador, Misericordioso (4:129).

También leí que algunos investigadores señalan que la poligamia solo debería aplicarse en ciertos casos muy concretos, como periodos de guerra o cuando hay huérfanos. Además, la legislación en torno a la poligamia difiere entre los países de mayoría musulmana. Y en cuanto a lo que realmente sucede al margen de la ley, ese es otro cantar.

En Europa hay casos de poligamia y, en España, incluso se han aprobado pensiones a viudas de polígamos. En un artículo se citaba el caso de un senegalés fallecido en un accidente de tráfico en 1995: un juez gallego dictaminó que sus dos esposas tenían el mismo derecho a recibir la ayuda de viudedad, y decidió repartir la pensión a partes iguales entre ambas.<sup>28</sup>

Durante mi proceso de acercamiento al islam, lo que me importaba era de qué manera podría afectarme a mí esta cuestión. Pero dado que en el Corán se insiste en la necesidad del acuerdo entre las partes a la hora de establecer los contratos matrimoniales —porque no es un sacramento, sino un contrato sin más—, dejé de preocuparme. Tenía claro que nada obliga a una mujer a vivir un matrimonio polígamo, y que puede solicitar el divorcio si no se siente a gusto. Ya vería qué hacer si se me planteaba esta situación que, por otro lado, el Corán no alienta, sino más bien todo lo contrario.

28. Ana Teruel y María R. Sahuquillo, «Prohibida la poligamia (pero está aquí)», *El País*, 28 de abril de 2010. Disponible en: <[https://elpais.com/diario/2010/04/28/sociedad/1272405602\\_850215.html](https://elpais.com/diario/2010/04/28/sociedad/1272405602_850215.html)>.

## PROGRESIVIDAD

Uno de los elementos importantes del islam, como aprendería más tarde, es su progresividad o la paulatinidad. Inicialmente, debía entender lo fundamental y, después, todo llegaría.

Antes de dar el paso de reconocermé públicamente como musulmana —primero en mi círculo cercano y luego dando un salto mortal en 2015, cuando aparecí en la portada de *El Mundo*<sup>29</sup> tiempo después de haber dejado de trabajar en el periódico de manera voluntaria—, un imam con el que tenía cierta confianza se atrevió a decirme: «Pero ¿por qué no te haces ya musulmana?».

En aquel momento su pregunta me desmontó, porque yo no le había dado señales de mi proceso. Nuestras conversaciones siempre tenían que ver con asuntos concretos que me interesaban para mi trabajo, y después para ayudar a resolver unos conflictos que tenía una de mis nuevas amigas «conversas».

Al escucharle, me sentí como cuando tus padres te pillan después de hacer una trastada o la profesora de química descubre que te has apuntado una fórmula en la muñeca para el examen. Igual que cuando estás pensando en romper con tu pareja y él te pregunta si ya no lo quieres. Sin palabras, vaya.

Como quien no quiere la cosa, le contesté: «Uy... Imagínese qué lío. ¿Qué iban a decir mis amigas si de repente no salgo más con ellas a la discoteca?».

Es decir, le di una respuesta en la que no decía nada claramente y que podía ser tomada a broma. «No, no tienes que dejar de ver a tus amigas, no pasa nada», me replicó. Y, de hecho, fue eso lo que acabé haciendo. Más o menos.

De manera progresiva es como llegó el islam y como los primeros musulmanes, una vez que hubieron comprendido la importancia de Allah, fueron adoptando sus preceptos y abandonando las rutinas perjudiciales.

Al principio lo que se revelaba tenía que ver sobre todo con la purificación del alma. Allah informaba a través del profeta Muhámmad sobre el Infierno y el Paraíso con detalle, y advertía a los musulmanes

29. Amanda Figueras, «¿Por qué se me cuestiona por abrazar esta fe? El islam no es el velo ni el IS ni ningún tipo de terrorismo», *El Mundo*, 30 de junio de 2015. Disponible en: <<http://www.elmundo.es/espana/2015/06/24/55797914ca4741a6268b457d.html>>.



contra los engaños de la vida que nos hacen alejarnos de Él. A los tres años de prédica en la clandestinidad, «descendió la Revelación dándole al Mensajero de Allah la orden de hacer pública la invitación [al islam] a su pueblo, evidenciando la falsedad y el error de la idolatría y el politeísmo». <sup>30</sup>

Allah dice en el Sagrado Corán:

«Te he revelado el Corán en partes para que se lo recites gradualmente a la gente. Te lo he ido revelando poco a poco». Diles: «Crean o no crean en él [es su responsabilidad]». Quienes fueron agraciados con el conocimiento de las revelaciones anteriores, cuando escuchan la recitación del Corán se prosternan ante Dios (17:106-107).

Hay otro principio clave en el islam, que se repite varias veces en el Corán: la facilidad. Pero esto me suscitaba algunas contradicciones, precisamente porque cosas que debían ser fáciles para mí, como para otros muchos «nuevos» musulmanes, no lo eran. Y no tanto por el mayor o menor esfuerzo para cumplir con nuestras obligaciones como musulmanes, sino por el rechazo proveniente del exterior.

En varias aleyas, Allah dice —al hablar de ciertos actos de adoración como el ayuno, por ejemplo— que nos quiere facilitar las cosas. Nunca se nos pide algo que esté fuera de nuestro alcance o que nos vaya a dañar: «Dios desea facilitaros las cosas y no dificultáros las; alabad y agradeced a Dios por haberos guiado» (Corán 2:185). La realidad es que el miedo al islam hace que nos encontremos con problemas y dificultades añadidos que van mucho más allá de nuestra práctica religiosa. <sup>31</sup>

## OTROS ACERCAMIENTOS

Hubo un tiempo en el que me interesé por el catolicismo. Mis padres no me bautizaron y, pese a vivir como todo español la tradición cristiana imperante, con sus Navidades, Semanas Santas, Todos los Santos y otras fiestas de guardar, no era una gran conocedora del tema.

30. *El néctar sellado, op. cit.*

31. Véase el capítulo 2.

Traje de cabeza a una amiga católica con mis preguntas durante meses. Pero ¿qué es eso de la Trinidad?, ¿por qué Dios dejó que mataran a Jesús?, ¿Jesús era Dios?, ¿quién puede matar a Dios?, ¿le cuentas al cura lo que haces?, ¿por qué a él?, ¿él te puede perdonar?, ¿acaso por estudiar teología tiene una conexión especial con Dios?, ¿por qué los curas no se pueden casar? Ese era el tipo de cuestiones que le planteaba, dudas que me parecían de lo más lógico.

Ella se afanaba amablemente en explicarme lo que podía, y yo se lo agradecí, pero nunca nada se movió dentro de mí. Pesaban más la incredulidad y las incertidumbres, el no entender ni siquiera cuál era la Biblia «que valía» —*mea culpa*— o cierto sentimiento de rechazo a la intermediación de otras personas en la relación del individuo con Dios.

Otra amiga, testigo de Jehová, me contaba las actividades que realizaba con otros correligionarios, me hablaba de qué había pasado con Jesús y sobre el Mesías. Yo escuchaba y aprendía, me gustaba mucho la figura de Jesús, pero tampoco nada de aquello me conmovió. No llegaba a comprender, sobre todo, su muerte... y eso es clave para todo lo demás.

Recuerdo alguna Semana Santa que pasé de pequeña en Cartagena y que las procesiones me ponían la piel de gallina, como las saetas en la de Sevilla o los capirotos morados de la de Cazorla. Hay algo especial en esos lugares, no hay duda. Lo que yo sentía creo que era pura sugestión, y me duraba más o menos hasta que los nazarenos desaparecían de mi vista. Mi sentimiento religioso «cristiano» nunca fue más allá, por mucho que lo intentara y para pesar de mis abuelos paternos, de Jaén y bien católicos, si es que me veían desde el cielo.

También me interesé por el budismo después de leer *Siddhartha*, del novelista Hermann Hesse. Busqué información, aunque no di con nada demasiado claro. No sé si llegué a entenderlo bien, pero la cuestión de la supresión del deseo para, en resumidas cuentas, dejar de sufrir me parecía algo negativo. ¿Y las cosas buenas que deseamos?, ¿cómo dejar de desear al amado? Creo que no debí de comprenderlo del todo. Lo que encontraba no era para mí.

Con el judaísmo me pasó algo parecido, tampoco entendí mucho. Un día me acerqué a la sinagoga central de Madrid para buscar información... pero fue abrir la puerta y marcharme. Quizá, aunque negativa, fue una señal divina. Vi una entrada oscura, solitaria y no me atreví

a adentrarme. Por entonces no tenía ningún amigo judío a quien preguntar y mis búsquedas por internet no me llevaron a nada demasiado interesante.

Ahora tengo amistad con varios judíos, uno de ellos es un converso que se pasó años estudiando para poder adoptar el judaísmo.

Al escribir todas mis pequeñas aproximaciones a esas diferentes creencias, da la impresión de que pasé mi adolescencia y juventud buscando una llamada de fe. En realidad, no fue así. Esos acercamientos tuvieron lugar a lo largo de varios años. Mi interés duraba muy poco en algunos casos, otras veces algo más, pero no viví ningún cambio de gran magnitud.

Lo que había aprendido en casa, de pequeña, era que debía ser buena persona con todo el mundo, respetuosa, no mentir y hacer caso a mamá y a papá. Porque sí. No había más allá. No había otros ante los que rendir cuentas. Saqué la conclusión de que después de la muerte no había nada. Nada. Estaba la nada. Oscuridad. Realmente, la cuestión tampoco me preocupaba mucho. Nunca pensaba sobre mi muerte, empecé a reflexionar sobre ella más tarde.

En el colegio reforzaron mis ideas y valores. No hablábamos de religión, y en casa apenas tampoco. Pero con el paso de los años, y tras mis incompletos estudios autodidactas, acabé por darme cuenta de algo importante ya hacia la época en la que me aproximé al islam. De las lecturas no saqué grandes conclusiones ontológicas, sin embargo me di cuenta de que cada noche, antes de dormirme, decía: «Gracias a la vida». Era un pensamiento que tenía siempre presente, constante: la gratitud.

Daba las gracias no solo cuando había tenido un buen día, eso es fácil, sino también cuando enfermaba o estaba triste por alguna nimiedad —así solemos ver casi todos nuestros problemas una vez superados—. Ahora, expreso ese sentimiento diciendo: «*Alhamdulillah*», es decir, «alabado sea Allah [por todo lo bueno que ha hecho y permitido]». Para mí, viene a ser como dar las gracias porque todo siempre puede ser peor y porque algo bueno hay detrás de todo lo que nos sucede.

Así, cuando empecé a sorprenderme porque el islam me estaba atrayendo, al empezar a ser consciente de que sentía algo especial al aprender sobre Allah, entonces supe que la fe ya vivía en mí desde años atrás, pero hasta entonces no había encontrado la guía. La semilla acababa de brotar.

Al principio no sabía qué palabras utilizar. Creo que simplemente empezaba a reconocer la existencia de un Ser superior por encima de todas las cosas.

Y ese ser no era Dios, quiero decir «Dios» tal y como lo conocía hasta entonces. Porque si hay Dios, hay Diosa, y entonces ya no estamos hablando de Allah, que no tiene género. Y también puede haber dioses, en cuyo caso tampoco estamos hablando de Allah, que es único. Quizá parezca una cuestión de detalle nimia, pero, aunque en ocasiones utilizo el término *Dios* «para entendernos», quiero dejar claro que no es lo mismo.

Había partes del Corán que me parecían escritas especialmente para mí, que no paraban de darme pistas y guiarme:

Él es Quien hace descender agua del cielo para que beban de ella y brote la vegetación de la que pastorean sus rebaños. Con ella hace crecer los cereales, los olivos, las palmeras, las vides y toda variedad de frutos. En ello hay signos para quienes reflexionan. Dios ha creado para vuestro beneficio la noche, el día, el Sol, la Luna y las estrellas; todos están sometidos a Su voluntad. En esto hay signos para quienes razonan. Él creó para vosotros una gran diversidad en la Tierra. En ello hay signos para quienes recapitan (16:10-13).

He hecho del día y de la noche dos signos: el signo de la noche es la oscuridad, y el signo del día es la luminosidad para que busquéis el favor de vuestro Señor, e hice que con estos dos signos pudierais saber el número de los años y el cómputo de los meses. Todas las cosas las he explicado detalladamente (17:12).

¿No habéis observado las aves suspendidas en el cielo? Es Dios quien las sustenta. En esto hay signos para los creyentes (16:79).

Me sumergí en una fase extraña, en la que mi cercanía hacia el islam iba en aumento, pero lo mantuve en secreto. No fue un amor a primera vista, sino un proceso largo en el que siempre me quedará camino por recorrer. *Alhamdulillah*.